



# Sandra Pani: reconstruir el espacio

Miguel Ángel Muñoz

*Notre vie, ces chemins  
Qui nous appellent  
Dans la fraîcheur des prés  
Où de l'eau brille.  
—Ives Bonnefoy*

PARECE SER EL DESTINO de la modernidad artística afrontar la yuxtaposición de tiempos históricos en un marco de representación visual apenas transformado; de hecho, la pintura es todavía el arte del siglo XXI. El pasado imaginativo, inmediato y lejano, pesa de tal manera sobre el presente que convierte cualquier tentativa figurativa nueva en un mero ejercicio temporal a través de un paisaje de influencias estéticas no siempre aceptado. Se tiene la sensación de que el artista contemporáneo sobrevive dentro de un presente hecho de retazos en el que toda intervención, acción y propuesta creativa vienen lastradas por una opinión generalizada que sostiene que, para bien o para mal, la experiencia artística posible debe asumir una concepción ambigua de los mundos del arte, y aventurar nuevos modos de representación liberados de las limitaciones del espíritu de anticuario o memorialista visual para lanzarse, en suma, al acertijo de la obra con la remota aspiración de convertirla en un vínculo eficaz de expresión humana comunicativa y libre.



Imágenes de la exposición "De ser árbol", 2011

Desde que se diera a conocer hace veinte años, Sandra Pani (ciudad de México, 1964) ha recorrido toda la estela de la pintura-pintura, como enfáticamente se decía en el radicalismo de los años ochenta, no sólo planteándose su analítica formal, sino acogiendo con fuerza sus abruptos acentos expresivos; esto es, su fuerza sentimental. Ha sido, durante este largo proceso, silenciosa y constante, obstinada, y, sobre todo, lo suficientemente intensa como para proponer su quehacer, al cabo de los años, siempre como un principio, un recomenzar que da frutos cada vez distintos, o, por qué no, cada vez más distinguidos, construidos por la luz. Como una sutil paráfrasis del poema de Louis Aragon, la artista fantasea mediante los *ojos* y la *memoria* con un itinerario imaginativo que arranca de la agitación experimental inicial y nos conduce a un tiempo de sosiego teñido de tradición, audacia y autenticidad. Una imagen ajustada, a mi modo de ver, del proceso creativo de Sandra Pani.

Tradicición, realismo y libertad creativa son sin duda tres niveles de aproximación a la obra de Pani. La tradición como orden formal y cromático, organización equilibrada del espacio visual. El realismo que es todo menos una consigna: es una mera invocación emotiva de la naturaleza y un desafío quizá intempestivo a las potencialidades de su transfiguración formal. Libertad creativa significa conciencia del límite, aceptación serena de unas presiones del oficio que han orientado a lo largo de la historia la sensibilidad estética: un mundo de pintura.

Para Pani, con todo, la pintura no es sólo comunicación. Es también acción, intervención selectiva en un caos expresivo mediante las formas; una calidad nueva que se alcanza en el momento mismo de la realización de la obra. Sabemos que Sandra es una artista de lecturas, una pintora que sabe buscar el estímulo intelectual acertado cuando precisa de una orientación conceptual o normativa. Expresión como acción y su resultado a la vez. No es casual que viera en la experimentación cromática de Rothko y Hofmann un estímulo para la reflexión sobre el espacio y las funciones de la luz y el color como formas protagonistas de una nueva notación constructiva de corte clásico.

En este sentido, con la recreación del cuerpo, donde se ha fraguado artísticamente su mirada interior, ya nos encontramos con uno de esos mágicos cruces que articulan, sin verse, el quehacer creativo. Esta es una labor llena de pausas, por donde se escapan los tiempos muertos de la



imaginación, de la meditación, pero también de las sensaciones inaprensibles, de los suspiros. Pani inventa en sus pinturas, dibujos o grabados formas nuevas, de cuya asociación se define la forma que constituye su signo gráfico distintivo. La forma, en definitiva, como logro del trabajo arduo y consciente sobre una gama reducida de elementos cardinales, que califica la obra acabada: color, textura y trazo. Recuerdo con asombro sus exposiciones *Memoria del cuerpo*, (Casa Lamm, 2000); *Geografía del cuerpo*, (Casa Lamm en 2003) y *De ser árbol*, (Galería Estación Indianilla, 2008). El color impone un ritmo pictórico que, en contrapunto, lo domina todo. La textura hace expresiva la superficie plástica a la mirada o al tacto. El trazo impone la huella del artista en el concepto teórico, señala con intensidad no querida el estado anímico del hombre que actúa, marca la obra.

La historia del arte está repleta de efemérides de estas vueltas y revueltas del artista sobre sí mismo, la mayor parte de las veces de la búsqueda del asidero material de la representación del propio cuerpo o de la mera figuración fragmentada. Es la forma que Pani nos ha mostrado a lo largo de su trayectoria, su preocupación y, por qué no, su obsesión por destruir y construir la figura humana mediante ramas, árboles, vegetales.

Es difícil definir conceptos estéticos no sólo por la cualidad de lo pintado o dibujado, sino porque cada serie que crea Pani tiene una emocionante vida propia y la visión-vivencia que la artista ha depositado en ellas, pero sobre todo, por la manera tan despojada con que ahora se nos presenta su creación plástica. Quiero decir: nos transmite un cúmulo de sensaciones poéticas variadas como la del acento físico de su materia, su sutil irradiación, su palpitante simbolismo, pero también la naturaleza desnuda u anónima de lo serial.

Pani siempre se ha movido en esta frágil línea fronteriza donde lo más trivial y humilde cobra un inesperado aliento poético, con lo que cualquier trazo o detalle adquiere una fuerza muy especial que no acaba en ello, sino que evoca el lugar original, ese espacio íntimo donde el estar es una forma de ser, algo que de esta manera clamorosamente nos concierne.

Su concepción y tratamiento del espacio, por otro lado, ha ganado en complejidad. La plenitud de mediados de los años ochenta ha dado

paso a una mayor sensación de profundidad; la composición rígidamente ortogonal, a espacios casi infinitos en los que navegan unas formas geométricas y unos signos que dejan sentir la huella de la mano: unos signos no temblorosos, pero sí abiertos y, en cierto sentido, palpitantes.

Sin embargo, el sentido de la obra reciente de Pani no se agota en la transposición depurada de unos estados anímicos o de las certeras obsesiones creativas que impregnan sus obras. La pintura de Pani nos propone un arte que controla el azar. Y crear una nueva constituye un riesgo, un problema a partir de unos signos en los que convergen la tensión gestual, la urgencia técnica y la dureza misma de la materia pictórica. El desarrollo creativo se sitúa así en la encrucijada entre lo espontáneo y el control racional, y se resuelve en un súbito y, en el caso reciente de Sandra, brillantísimo despliegue de sensaciones visuales inmediatas.

Los dibujos actuales son, de pronto, el fruto maduro de una decantación con sus colores sutiles, pero de tenue y refinada palpitación luminosa. La composición es sencilla y nítida: campos de color contrastados, pero de sutil aplicación homogénea, como una ligerísima capa transparente en cuya superficie bailan fluidos gestos que tejen el ritmo y el relieve cromáticos de este espacio así animado cual si se tratase de una ondulación de compleja energía, la escritura musical de un pentagrama luminoso. Es el reino de la levedad del ser que cifra su movilidad sobre el elástico lecho de figuras en colores blancos, amarillos, negros, ocre, grises... aunque sería mejor su enunciación plural, porque lo es su matiz y su combinatoria. Todo apunta al desarrollo creador. Una invocación que es una evocación.

Sandra Pani trabaja tozuda, obstinadamente, con las tensiones originadas entre las formas, entre los colores, simplifica al máximo todo lo demás y, curada de cualquier atisbo de contagio de lo anecdótico, asume la responsabilidad por la que parece ser su propia obsesión: la coincidencia y la diferencia, o lo que es lo mismo, lo nuclear y lo periférico. Pero la fuerza visible de estas obras se concentra, sobre todo, en esa pasión que comunican por la pureza de lo pictórico y su cualidad como luz, en esa obstinación en el salto mortal, mucho más que en cualquier posible íntima reflexión que las haya originado. En cierto modo, la artista deforma o borra lo que había sido su iconografía característica, y aquí podríamos ver un ejercicio de renunciamento. Pienso, sin embargo, que se trata del resultado de una visión más calmada o más madura del proceso creativo. La ambigüedad





de este proceso parece decirnos, sabiamente, que lo inmutable habita en el movimiento continuo. O también que toda grandeza es vulnerable.

El dibujar gestual que abanica, crepita o centrifuga esta palpitante superficie cobra un impulso coreográfico, de movilidad danzante, porque estas caricias figurativas son arpeggios musicales que dan cuerpo a la uniforme sonoridad sostenida del fondo orquestal y se sostiene con la transparencia del rumor saturado y dulce, embriagador, de una melodía a lo Debussy. Y es que, contemplando estas obras recientes, la labor de Pani se nos aparece como un esfuerzo titánico en busca de sí mismo. La espiral en que se mueve semejante labor es, de hecho, lo primero que salta a la vista y hace semejante la tarea emprendida en cada una de estas obras a la de aquel constructor del laberinto que para terminarlo tuvo que morir atrapado en su centro.

Los dibujos de distinto tamaño se dejan conducir, sin duda, por varias guías, pero todas ellas conducen a la abstracción. Una abstracción y figuración en cuyo ejercicio la artista ha saltado por encima de lo superfluo, aun corriendo el riesgo de quedarse en el salto.

Y es que esta serie de nuevas obras es, posiblemente, el puerto escudriñado por Pani durante años de trabajo testarudo, en esa travesía caracterizada

por la simplificación progresiva en la búsqueda de una pureza plástica y su desenvoltura. Tanto en las telas, como en los dibujos, vuelve a ponerse de manifiesto el carácter obsesivo de una labor en espiral. Pero aquí, la artista

simplifica al máximo su —inventada y elemental— geometría y, sobre todo, elimina la tensión que nutría a formas y espectros cromáticos para sustituirla por la acumulación y la superposición de planos. Con tal hallazgo de método, Pani alumbra las profundidades de un universo sólo explorable mediante una semiabstracción y que proporciona a su quehacer horizontes ajenos a lo decorativo.

Estos maravillosos dibujos de Sandra Pani son, en efecto, una decantación que se extiende y gotea como algo que se precipita al cabo de un tiempo largo para quedarse tan sólo con la esencia. Un casi nada que es el registro de casi todo. Una atmósfera. Un signo. Apenas un estremecimiento. En el brillo que resta cuando se retira el agua en el litoral iluminado por luces rasantes —y, por un momento, todos los elementos entremezclados— se nos muestra el deslumbrante reflejo. Es, quizá, sólo un pequeño fragmento perceptible de la inagotable pintura, pero inolvidable, y, por tanto, lo más inaccesible: la pureza; no, mejor, la inocencia de la mirada. ¿Cabe algo más esencial? 